

zac, uno de los autores que Proust ha amado y admirado más; es sobre todo una parodia de la crítica en general y de la estilística en particular. Sólo las capas exteriores que la crítica atraviesa pueden ser penetradas también por el pastiche.

Hay una paradoja: en esta visión, que se podría definir como «fundamentalista», el esfuerzo del crítico es aún más vano si quiere acercarse lo más posible al texto. Finalmente, según Proust, la crítica ideológica o la «militante» e incluso la vieja y polvorienta historia de la literatura o la erudición filológica, pueden ser menos estériles porque ellas no pretenden suministrar un equivalente transportable del texto, un sucedáneo, un *Ersatz*; ellas se alejan sin escrúpulos para producir algo del todo diferente y autónomo. He aquí un pasaje de *Sobre la lectura*:

*Esta concepción de una verdad sorda a las demandas de la reflexión y dócil al juego de las influencias [...], de una verdad que se deja copiar en un carné, esta concepción de la verdad está por tanto lejos de ser la más peligrosa de todas. Porque muy a menudo para el historiador, e incluso para el erudito, esta verdad que ellos quieren buscar a lo lejos en un libro es menos, propiamente hablando, la verdad misma que su indicio o su prueba, dejando por consecuencia lugar a otra verdad que anuncia o que verifica y que es, cuanto menos, una creación individual de su espíritu. No es lo mismo para el letrado. Él lee por leer, para retener lo que ha leído. Para él, el libro no es el ángel que de pronto se eleva abriendo las puertas del jardín celeste sino un ídolo inmóvil, que adora por sí mismo.*

Si en lugar de la palabra «libro» Proust hubiera empleado la palabra «texto» (lo habría podido hacer sin modificar el sentido de la página), esta cita habría sido quizás un poco más picante. Yo la he escrito de una manera diferente, por aclarar el sentido que para mí reviste:

*No es lo mismo para el crítico literario. Él lee por leer, para retener lo que ha leído. Para él, el texto es un ídolo inmóvil que, en lugar de recibir una dignidad verdadera de pensamientos que desvela, comunica una dignidad artificial a todo lo que le rodea.*

Imagino una objeción. Los artículos sobre Flaubert y sobre Baudelaire para la *Nouvelle Revue Française* no son una parodia, no son juegos para los lectores distraídos o frívolos del *Figaro*, son cosas serias para los ciudadanos de la República de las Letras, escritos por Proust en los últimos años de su vida, cuando se encontraba muy enfermo, cuando carecía de la suficiente fuerza o salud para terminar *A la búsqueda...* Y justamente en esos artículos Proust hace una crítica fundada sobre la adherencia al texto y, en el caso del artículo sobre Flaubert, ilumina la belleza gramatical y sintáctica de su revolución estilística.

La objeción es verdadera. Pero no olvidemos que en los dos casos no se trata de verdaderos artículos sino solamente de algunas «observaciones a propósito de...»

En el caso de Flaubert todo eso es menos evidente que en las páginas sobre Baudelaire. «A propósito de Baudelaire» es un texto muy agradable, inteligente, pero no es de ninguna manera un análisis crítico de *Las flores del mal*. Si lo leemos atentamente, percibiremos que hay un gran número de «observaciones» muy sabrosas, pero sólo una verdadera definición crítica. Es esta: «El mundo de Baudelaire es un extraño seccionamiento del tiempo donde sólo aparecen raros días notables; lo que explica frecuentes expresiones tales como ‘Si alguna noche’, etc» Es una intuición crítica subrayable, que un joven investigador podría desarrollar hoy o mañana en una tesis de 3.000 páginas. Pero en el artículo de Proust sólo ocupa dos líneas y media, y a continuación se pone a hablar del mobiliario. Sobre la idea del tiempo en Baudelaire no volverá más.

Al principio de «A propósito de Baudelaire», Proust nos confiesa que una grave enfermedad le impide desgraciadamente escribir para la revista un estudio e incluso un artículo sobre Baudelaire. ¡Yo creo que se trata de una enfermedad diplomática! No escribe un artículo sobre Baudelaire porque el único artículo que él hubiera podido escribir habría sido un no-artículo, un texto de crítica negativa, una descripción inteligente y quizás divertida de todo aquello que para Baudelaire no es esencial. Eligió, por tanto, la solución de «algunas pequeñas observaciones a propósito de...» Escribir sobre un escritor no es lo mismo que escribir a propósito de él, es decir tomar la ocasión o el pretexto para decir otra cosa.

A mi modo de ver, para la filosofía estética de Marcel Proust, toda la crítica, y no solamente el método de Sainte-Beuve, se asemeja al Virgilio de la *Commedia* de Dante Alighieri: «Dante no es el único poeta que Virgilio ha conducido hasta el umbral del paraíso» (PM Pléiade 180). Proust ha escrito esta frase a propósito de la lectura en general, y no comprendo cómo la crítica, que no es sino una manera particularmente inteligente de lectura, podría escapar a esta regla universal y absoluta que no admite excepciones. No nos hagamos ilusiones: no es suficiente separar el yo que vive del yo que escribe para entrar en el Paraíso. ¡Eso sería demasiado simple! Yo no creo ser, a los ojos de Proust, mejor que Sainte-Beuve, sino sin duda alguna peor que él.

En la estética proustiana, toda la crítica –y no sólo la crítica biográfica– es una actividad «de segundo orden», para gente mediocre, para los «solteros del arte», destinada a aquellos que no poseen una personalidad suficientemente fuerte y valiente como para sumergirse «en las regiones profundas de sí mismo donde comienza la verdadera vida del espíritu» (p. 71). A los ojos de Proust la crítica literaria es un sucedáneo de la

vida espiritual, al uso de aquellos que tienen una enfermedad psíquica lo suficientemente grave para obligarles a vivir «en la superficie, en un perpetuo olvido de ellos mismos, en una suerte de pasividad que los convierte en el juguete de todos los placeres, etc...» (*ibidem*). La crítica literaria es una alienación muy peligrosa, un *divertimento* pascaliano que puede sumergir al espíritu para siempre en la mentira. Es una huida perpetua lejos de la verdad interior, es una victoria de Thánatos. He aquí por qué Proust se pregunta si la obra más importante de Sainte-Beuve no será después de todo sus versos, en los que la mentira es al fin vencida y «el círculo infernal y mágico se rompe» (CSB Pléiade, pp. 231-232). Sainte-Beuve –nos dice Proust– no es ciertamente uno de los más grandes poetas del siglo XIX. Su poesía es poca cosa, pero

*esa poca cosa, esa poca cosa encantadora y sincera que es su poesía [...] muestra la ausencia de significación de toda una obra crítica maravillosa, inmensa, bullente –porque todas esas maravillas se acercan a ella. Apariencia, los Lunes. Realidad, esos pocos versos. Los versos de un crítico, es el peso de toda su obra en la balanza de la eternidad.*

Este juicio proustiano escatológico se refiere, en sentido estricto, a Sainte-Beuve, pero los que han comprendido bien los datos de su razonamiento deben reconocer que se podría aplicar a cualquier obra crítica, incluidas las de los más grandes críticos del siglo XX, desde Albert Thibaudet a Roland Barthes, de Georges Poulet a Jean Starobinski, sin escatimar a las personalidades que toman parte en este coloquio, desde Antoine Compagnon a Luzius Keller. El único antídoto contra esta enfermedad gravísima y contagiosa es la creación, la escritura. No hay otros medicamentos eficaces. No les servirá de nada poseer una gran inteligencia para pertenecer a la categoría de los grandes espíritus. Al igual que los otros hombres, ellos están afectados por esta peste, y Proust añade: «se podría decir que más que los otros» (*Sésame*, p. 78). Y nosotros que hemos venido aquí para discutir sobre «Proust y la crítica», nos hemos engañado del todo. Será mucho más sabio salir corriendo al hotel, encerrarnos en nuestra habitación solitaria y silenciosa, y componer allí algunos sonetos melancólicos o un cuento, eventualmente breve. ¿A qué esperamos? «Trabajemos mientras tengamos todavía lucidez».

Si se sitúa en la perspectiva adoptada por Proust en este prefacio, ¿cuál sería la ventaja de no detenerse a considerar el «contenido de la obra» y de concentrarse por lo contrario sobre ciertas estructuras textuales, tales como

*en Jude el oscuro, [...] en la Bien amada, los bloques de piedras que el padre extrae de la isla transportándolos en barcos al taller de los hijos donde se con-*